

Gérald
Migeon

UMR8096 del CNRS y
Ministère de la Culture,
Francia
gerald.migeon@wanadoo.fr

Abandonos planificados, rituales de vasijas *matadas* o de clausura y ocupaciones posteriores

Los sitios del cerro Barajas, Guanajuato y de
Milpillas, en el Malpaís de Zacapu, Michoacán

INDUDABLEMENTE el registro arqueológico es lo que queda después de una amplia gama de procesos, con diversas características, tanto aquellos que comprenden la "... producción, distribución, almacenamiento, uso o consumo, desecho ..., de la sociedad 'x' en funcionamiento"; como los fenómenos de orden natural, de "... deposición y sedimentación, acarreo o transporte, y también [los originados por] los factores químicos y físicos que influyen en la conservación o destrucción de los materiales" y hasta las propias "... condiciones de abandono y la acción de otras sociedades posteriores ..." (Manzanilla 1986: 10-11).

En el marco de las cada vez más numerosas excavaciones de habitaciones prehispánicas en México, los sitios abandonados súbitamente y sus vestigios arqueológicos han constituido un tema discutido estos últimos treinta años; sobre esta materia, una bibliografía bastante completa, a la cual el lector puede recurrir, está conformada en parte por las recientes reseñas y contribuciones publicadas en el número 13 de la revista *Mayab*, del año 2000.

Las características del abandono del sitio –paulatino o súbito, planificado o no, lento o rápido, permanente o temporal–, así como el tipo de medios de transporte disponibles son factores importantes ya que van a incidir en el grado de conservación y en la distribución de los vestigios de superficie encontrados después por los arqueólogos. Healan (2000: 107) concluye, en su estudio de una habitación en Tula, que los registros arqueológicos de las habitaciones abandonadas rápidamente y de aquellas abandonadas gradualmente presentan más diferencias de grado que de naturaleza. Cuando el abandono del sitio es definitivo y además ése queda en el olvido, encontramos vestigios originales bien conservados; en cambio, las diferentes etapas de posteriores ocupaciones, los imperativos de abastecimiento de material, los saqueos... llegan a modificar tanto a esos restos que al final producen datos confusos para los arqueólogos.

Schiffer (1985: 24-29), en un trabajo de utilidad fundamental para nuestra problemática, estableció ocho diferentes tipos de variables –o cadenas de variables, según hayan sido los procesos– que determinan la composición final de los vestigios de superficie, de estructuras habitacionales; en esta lógica, los desechos se clasifican como:

- Desechos primarios (*primary refuse*), pequeños, poco numerosos y erosionados, que corresponden a lo depositado en la fase de ocupación principal.
- Desechos de abandono (*abandonment refuse*), aquellos que fueron depositados cuando ya se preveía el abandono planeado, pues por razones lógicas en este intervalo se tiende a descuidar las tareas de limpieza.
- Desechos *de facto* (*de facto refuse*), compuestos por todo lo que se deja en el momento mismo del abandono –metates, grandes vasijas ...–; presentan características muy cercanas a los anteriores.
- Depósitos rituales.
- Depósitos efectuados por ocupantes posteriores (*squatters*).
- Desechos secundarios, constituidos por material dejado en una estructura abandonada por otros ocupantes (la diferencia con los desechos *de facto* y con los desechos primarios es difícil de apreciar).

- Desechos generados por la caída de muros, techos, por la acción del agua y del viento.
- Artefactos que quedaron fuera de las estructuras –o dentro de ellas–, tras disturbios culturales, o ambientales, posteriores a las ocupaciones.

Las huellas de los diferentes procesos de formación de los vestigios aparecen en el tamaño, forma, orientación y pendiente, desgastes, densidad –distribución vertical y horizontal–, diversidad, organización o desorganización de los propios artefactos (Schiffer 1983: 679-689). Esas huellas son también localizables, tanto en la constitución de los depósitos –sedimentos, ecofactos, insectos, roedores, plantas, pólenes intrusivos, fosfatos...–, en su estructura y características –depósito sellado bajo un piso, silos reutilizados, condiciones de acceso, limpieza, reciclado...–, como en la morfología del sitio –pendiente, saqueos...– (Schiffer 1983: 689-697).

Entonces, para lograr una explicación clara sobre todo lo relacionado con el abandono del lugar, o sobre su posible reocupación, obligatoriamente debemos enfocarnos a la precisa determinación de estos procesos de conformación de vestigios, y del propio registro arqueológico ("*archaeological record*", según la denominación estadounidense); la definición ultra minuciosa, a nivel microscópico, de los conceptos arqueológicos básicos de piso, capa de ocupación, relleno... es, de igual manera, indispensable para alcanzar esa meta. Por ejemplo, en lo que respecta a ciertos sitios de la Edad del Hierro de Próximo Oriente, fue necesario el análisis microscópico de ciertos componentes –concretamente, pequeños fragmentos de carbones–, ya que sólo así el investigador Rosen (1989: 564-578) fue capaz de diferenciar los verdaderos pisos de los rellenos producto de muros de adobe derrumbados, y esto no en todos los casos. Debo agregar además que, para poder determinar con seguridad esos distintos procesos y áreas de actividades, precisamos de una excavación atinada y muy fina, acompañada de una observación micro topográfica, y de un registro ultra detallado de todos los "elementos testigos", similar a lo realizado en la Section 36 de Pincevent (Leroi-Gourhan y Brézillon 1983).

En el caso de nuestras excavaciones en Michoacán y Guanajuato, hemos tomado la decisión de seguir a Bordes (1975: 139-143), quien excavó numerosos sitios prehistóricos de Francia, y el cual considera que una capa arqueológica es "... el resultado del amontonamiento de elementos naturales y de los restos de la actividad humana sobre un espesor variable. Teóricamente, hay en cada capa arqueológica un número 'x' de pisos que no son todos horizontales".

Concretamente, para el sitio de Milpillan en Michoacán, el estudio de la repartición horizontal de los artefactos –repartición hasta cierto punto homogénea desde la base hasta la cima de las capitas – si bien nos permitió delimitar las áreas de actividades así como inferir las funciones de las estructuras, no nos aportó datos para esclarecer incógnitas importantes, como por ejemplo la duración de la ocupación del grupo que ahí habitaba.

Voy a presentar dos sitios del centro-norte de Mesoamérica, de los que podría pensarse que sufrieron abandonos tanto súbitos como paulatinos, planificados. Me refiero a los sitios epiclásicos (de 600-650 d.C. a 950-1000 d.C.) del cerro Barajas, en el suroeste de Guanajuato al norte del río Lerma, y a los sitios protohistóricos tarascos (de 1250 d.C. a 1450 d.C.) del Malpaís de Zacapu, en el norte de Michoacán, al sur del Lerma.

Nuestras excavaciones arqueológicas de a) tres conjuntos residenciales y cívico-ceremoniales –en los sitios de Nogales y de yácata El Ángel (cerro Barajas), entre 1999 y 2002 (Michelet, Migeon y Pereira 2000, 2001 y 2002)– así como de b) una docena de estructuras residenciales, comunes y para las élites –en Milpillan, sitio del Malpaís de Zacapu, en 1984 y 1985, y en otros sitios del mismo Malpaís de Zacapu, en 1994 y 1995 (Michelet *et al.* 1984, 1985, 1994 y 1995; Michelet, Ichon y Migeon 1988; Migeon 1985, 1990 y 1991)–, proporcionaron para estos dos casos claros indicadores de abandonos planificados aunque con diferentes modalidades, en particular con rituales de matanza, de cierre, terminación o clausura. Como más adelante se verá, explicaré la relación entre abandono y limpieza de las habitaciones, en el

Malpaís de Zacapu para por fin detenerme en las huellas de posteriores ocupaciones, prehispánicas y modernas, en ambas regiones, que vinieron a complicar el registro arqueológico.

Además, para la región de Zacapu, me fueron de gran utilidad documentos etnohistóricos como la *Relación de Michoacán (RM)* (*Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (RM)* [1541] 1956, 1977, 1984) o las *Relaciones geográficas (RGM)* (*Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán (RGM)* [1579-1580] 1987), las cuales confirmaban mis hipótesis sobre el abandono de los sitios del Malpaís apoyadas en el estudio del material arqueológico; el mismo método fue aplicado en otro trabajo (Migeon 1985), y también en ese caso los documentos aportan una prueba clara de un primer proceso de abandono del asentamiento tarasco posclásico de Ichán, cuya población indígena fue empujada hacia el pueblo actual de Ichán, por los españoles, después de la Conquista.

RITUALES DE TERMINACIÓN O CLAUSURA

Los sitios epiclásicos del cerro Barajas

El cerro Barajas se encuentra en la orilla norte del río Lerma, en el municipio de Pénjamo, en el suroeste de Guanajuato. La ladera norte del cerro conserva los vestigios de un importante conjunto de asentamientos prehispánicos (véase figura 1) que fueron excavados por primera vez al inicio de los años 1980, en el marco del proyecto de salvamento del gasoducto Salamanca-Degollado.

Las investigaciones en que se fundamenta el presente trabajo forman parte de un proyecto arqueológico auspiciado conjuntamente por el Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Francia-MAE) y por el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS, de la Secretaría de Investigación de Francia-MR). Al escoger trabajar en el cerro Barajas, nuestra intención era entender mejor la transición entre el Clásico y el Posclásico, en esta área del valle medio del Lerma. Varias operaciones de campo, que incluyeron recorridos de superficie, trabajos de topografía y excavaciones, fueron efectuadas en cinco temporadas sucesivas, entre 1998 y 2002 (Michelet, Migeon y Pereira 2000, 2001 y 2002; Pereira, Migeon y Michelet 2001 y en prensa; Migeon y Pereira en prensa); se tiene previsto continuarlas al menos durante otros tres años más.

Los sitios de la falda norte del cerro Barajas forman entre todos un tejido de ocupación bastante continuo, a excepción de la parte oeste; en todos los casos quedan separados por barrancas: las zonas habitadas se alzan exclusivamente sobre los lomos de las diferentes cuchillas que van bajando desde la cima del cerro. Cada sitio comprende diferentes grupos, separados éstos entre sí por distancias variables, y escalonados sobre las pendientes. De esos diferentes asentamientos, el sitio de Nogales, por la monumentalidad de sus estructuras, parece haber sido el centro político y religioso durante la fase Barajas, entre 600-650 d.C. y 900-950 d.C. (véase la figura 2). En todos los sitios, observamos una distribución de las estructuras relativamente constante: generalmente, las estructuras más importantes se ubican en las partes altas y están levantadas sobre terrazas, tanto naturales como artificiales, con lo que disfrutaban de una amplia vista sobre el valle; según se va descendiendo, también las construcciones van en descenso, en lo que se refiere tanto al tamaño como a su complejidad; ya en las partes bajas, sólo aparecen terrazas pequeñas en las que seguramente se alzarían residencias de menor importancia, de traza más común.

Ahora bien, es preciso destacar un hecho: en gran parte de los sitios aparece cierto grupo de estructuras las cuales, pese a variaciones –por ejemplo en sus dimensiones– presentan entre sí similitudes. Las más complejas –bien realizadas, voluminosas–, aunque heterogéneas, conforman un tipo de conjunto asombrosamente repetido en numerosos emplazamientos. Designamos como A y B a dos tipos de esos conjuntos por considerarlos representativos (Michelet, Migeon y Pereira 2002).

Los conjuntos del tipo B presentan un modelo arquitectónico poco original en el mundo mesoamericano: se trata de basamentos piramidales de altura variable; por lo general, asoman por encima los cimacios de una superestructura; aparecen aislados, a veces en número de dos o de tres; miran siempre hacia un espacio aplanado y terraceado –una plaza–, en cuyo centro se alza un adoratorio; en algunos casos, el lado de la plaza que da hacia la pendiente se encuentra protegido por un muro.

Los del tipo A, por su parte, son mucho más originales. En su versión completa constan de tres elementos, más o menos unidos (figura 3a, Grupo H; figura 3b: Grupo C, de Yácata El Ángel); el primer elemento constituye una sala con atrio central –circundado éste por pilares rectangulares o en forma de L (en sus esquinas)–, con una única puerta estrecha, de un metro de ancho, hacia el exterior; un segundo consiste de una estructura de cuartos múltiples, reagrupados o alineados según un mismo eje; y el tercero, un gran patio –al cual asoman los otros dos elementos– encerrado a menudo por imponentes bordes construidos en los lados restantes.

Figura 1 – Mapa de los sitios del cerro Barajas, Guanajuato (dibujo de Grégory Pereira).



Figura 2 – Sitios de Los Nogales y Los Toriles, Guanajuato (plano de Dominique Michelet).

Como este tipo de conjunto, en su versión completa o algo más simplificada, localizamos un total de ocho en la zona de trabajo, y todavía cabe la posibilidad de que se hubiesen levantado otros dos o tres más... Es ésta una unidad arquitectónica hasta ahora nunca reportada en otras zonas. Desde luego cierto es que edificios con cuartos múltiples se construyeron en muchos sitios, incluso en el Bajío; buen ejemplo de ello, el “palacio” de San Bartolo (Castañeda y Cano Romero 1993); igualmente, la construcción de sala con su atrio central es a su vez una forma bien conocida en sitios de la cultura Chalchihuites como La Quemada, Alta Vista, cerro Moctezuma (Hers 1995). Sin embargo, precisamente la forma arquitectónica que venimos estudiando, esa yuxtaposición de esos tres elementos, no parece haber sido común en otros lugares.

Es pertinente hacer una aclaración en lo que respecta a estas construcciones, pues nos podría aportar indicios sobre sus posibles funciones: los conjuntos A y B aparecen casi siempre asociados uno con otro; es decir, cuando aparecen los vestigios de un Complejo A, a proximidad suele encontrarse al menos un basamento piramidal. Dado que posiblemente las plazas con pirámides deben de haber desempeñado un papel principalmente religioso, sería lógico pensar que la función de los conjuntos A habría sido más de tipo público, económico o incluso de tipo político. Por el momento, y mientras no dispongamos de más evidencias, nosotros proponemos que se trataría de espacios destinados a reuniones de grupo –¿con una connotación militar, si se

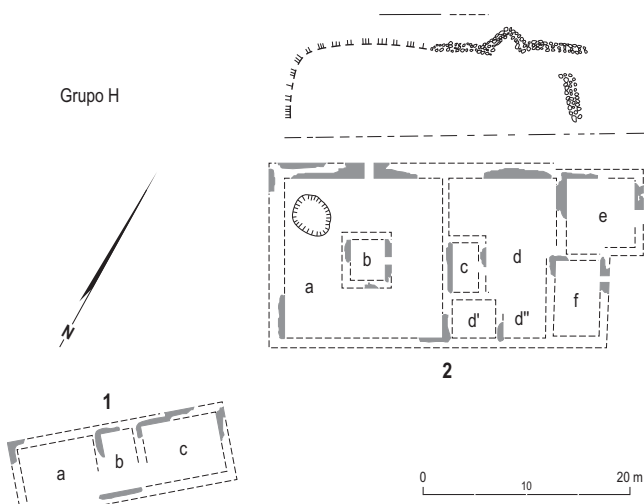
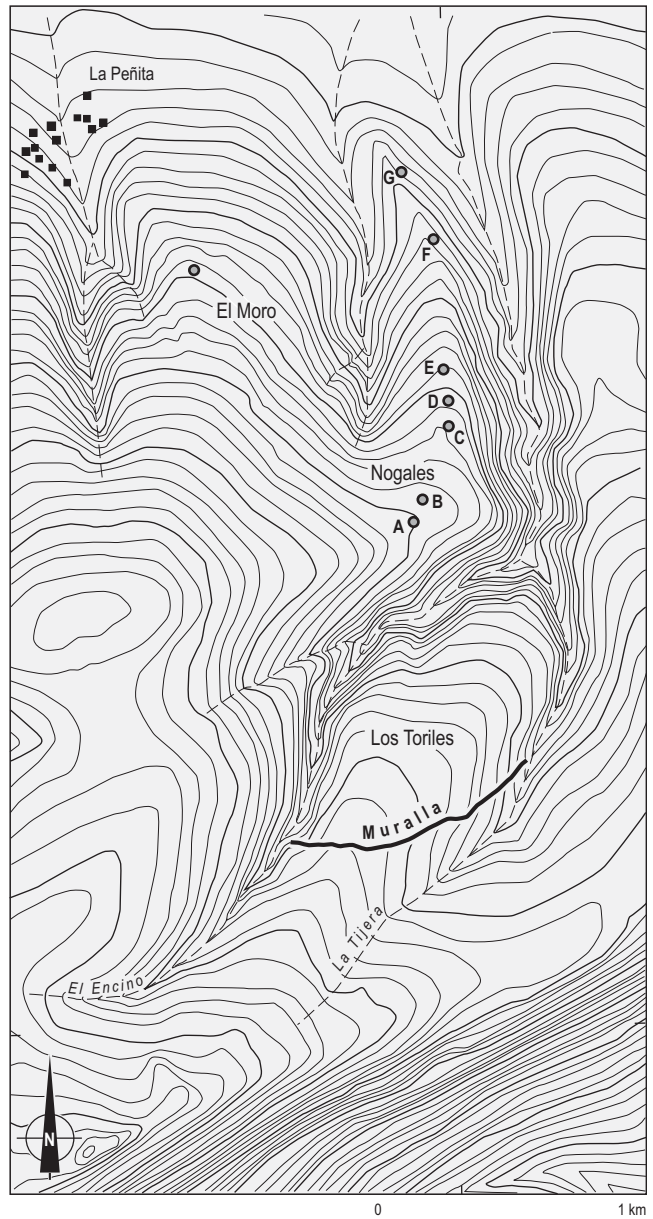
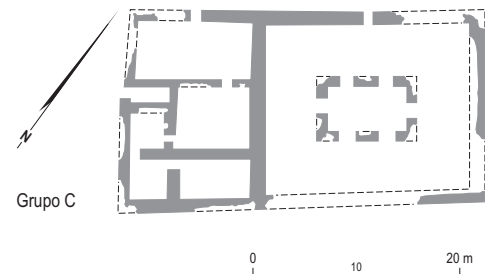


Figura 3 – Grupos H y C de Yácata El Ángel, Guanajuato (plano de Dominique Michelet).



extrapola la hipótesis de Hers acerca de los salones Chalchihuites? (Hers 1995)– y, en ciertos casos, al almacenamiento de víveres, ya que no todos los cuartos abren hacia el exterior; algunos inclusive parecen estar totalmente clausurados.

En fin, el mismo emplazamiento de los sitios transparenta una preocupación defensiva de sus ocupantes. Aunque también los enormes muros –que encerraban ciertas plazas ceremoniales y los patios de los salones con atrio– podrían haber sido levantados por un lado debido a esa preocupación pero, por otro, con el afán de proteger un lugar privilegiado y no abierto para toda la población. Quizás un buen ejemplo sobre métodos defensivos nos lo proporcione el sitio de Los Toriles; en él lo único que se llegó a construir es una muralla de más de 600 metros de largo, que alcanza en algunas partes 2.5 m de alto; ésta corre de oeste a este por el lomo de una alta cuchilla protegida además por abruptos barrancos en las partes donde no hay muralla. Dentro del espacio así definido no se encontró sitio alguno ni habitacional ni ceremonial. Posiblemente la muralla fue levantada con el fin de disponer de una zona de refugio para los habitantes de los sitios que se encuentran más abajo; no podemos saber si se logró o no terminar esta construcción.

Sobre la historia de estos asentamientos, podemos proponer, con la ayuda de los fechamientos ¹⁴C y de la tipología cerámica, que la ocupación más importante de los sitios del cerro Barajas se situó entre 600-650 d.C. y 900-950 d.C.: casi todos los asentamientos estudiados estuvieron ocupados durante la fase Barajas, aunque también se habría producido una ocupación anterior –entre 400-450 d.C. y 600 d.C., durante la fase Nogales– de la que hasta ahora sólo hemos hallado indicios en el Grupo A de Nogales; hubo además al parecer otras ocupaciones posteriores, posclásicas. Nuestros datos indican que el aumento demográfico de comienzos del siglo VII fue tan repentino que difícilmente podría haber sido éste causado por un crecimiento natural de los pobladores de los asentamientos de la fase Nogales. Todo señala al arribo de una nueva población fueña que habría generado la colonización masiva de la zona del cerro. Ya para después de 950, si bien hay evidencia de que algunas áreas del cerro siguieron ocupadas, nuestras informaciones apuntan a una disminución de población con lo que la gran mayoría de las estructuras Barajas quedaron en desuso (Migeon y Pereira, en prensa).

Las entradas tapiadas

Las informaciones nos llevan a pensar que el final de la ocupación Barajas podría haber tomado la forma de un abandono masivo de la zona del cerro. Efectivamente, ya en el Posclásico Temprano el grupo que lo ocupa es tan reducido, que esta situación sólo puede explicarse por un traslado de gran parte de la población Barajas. Pese a ser limitados los datos sobre las modalidades de este abandono, algunos de ellos me parecen significativos.

1 – En lo que respecta al final de la fase Barajas en el siglo x, hasta ahora nada indica un abandono súbito no planeado:

- Muy distinto de lo que ocurrió al final de la fase Nogales (desde 400-450 d.C. hasta 600 d.C.) –un incendio de los edificios A1sub y A2sub1, en el sitio de Nogales, del cual da indicios una capita de carbones–, para esta otra fase Barajas, no hemos hallado ninguna evidencia sobre cualquier posible acontecimiento fatal, inesperado.
- Los vestigios encontrados de derrumbes y capas de relleno, en el caso de la fase Barajas, aparentemente son resultado de la evolución, a lo largo del tiempo, de edificios abandonados a las fuerzas de la Naturaleza (lluvia, erosión, sedimentación...).
- Estos derrumbes presentan siempre la misma secuencia. a) En el piso de ocupación final, encontramos unas pocas lajas en posición horizontal, caídas de lo alto del muro, recubiertas por una capita de tierra húmifera sin carbones, prueba evidente de que los muros no fueron derruidos al momento del abandono, ni tampoco años después, y de que no hubo ahí un



Figura 4 – Grupo C de Yácata El Ángel: vista del patio (y de las seis entradas cerradas) de C1, después de la limpieza, tomada del oeste (foto de Gérald Migeon).



Figura 5 – Grupo H de Yácata El Ángel: vista del patio y de la entrada norte cerrada de H2, después de limpieza (foto de Gérald Migeon).

incendio. *b)* Encima, como un pastel milhojas tendido sobre el costado, aparece muy frecuentemente un relleno constituido de numerosas lajas caídas en posición vertical clavadas en unos cuantos centímetros de tierra húmida; el conjunto de lajas caídas al pie de los muros mide entre 50 y 80 cm, y corresponde a destrucciones y a saqueos, prehispánicos o coloniales, bastante posteriores al final de la ocupación epiclásica, ya que sobre él tuvo tiempo de desarrollarse una capa de sedimentos. *c)* En fin, completamente arriba aparece un relleno producto de destrucción, indicio tanto de saqueos más recientes, del siglo XIX –efectuados por los peones de los hacendados de la región aficionados a la búsqueda de antigüedades– como de otros pillajes ya del siglo XX, obra de los habitantes de los ranchos del Moro, de la Peña y del Puerto, ávidos buscadores de “tesoros” escondidos.

2 – Sobre este final de la fase Barajas en el siglo X, aparecen signos indicadores de que la migración sí habría sido un acto concertado y bien organizado:

- Gracias a las excavaciones realizadas en 2000 (Grupo C), 2001 y 2002 (Grupo H) de Yácata El Ángel, pudimos observar que las puertas de los atrios de los dos edificios del tipo A –estructuras C1a y H2b de Yácata El Ángel– aparecían cuidadosamente tapiadas, hecho que impedía su utilización (figuras 4 y 5). Tras una limpieza completa de vegetación y piedras caídas, las observaciones precisas de los cuartos de los conjuntos C y H vinieron a confirmar esta situación.
- En 2001, después de una excavación completa del atrio del Grupo H, encontramos las cuatro puertas de su patio también cuidadosamente tapiadas.
- Además, al desbaratar el conjunto de piedras que tapiaba la puerta noreste del atrio de C1a, en 2000 se encontraron unos 40 tepalcates grandes, de una misma cerámica –una olla burda roja–, colocados entre las piedras que clausuraban la puerta; este hecho nos remite a un ritual de clausura contemporáneo del abandono, en el cual se habría depositado una ofrenda.

Sería posible concebir que el grupo dirigente –se trataba muy probablemente de una élite militar– cuando acordó abandonar la zona optó por clausurar sus salas de reunión, lugares de valor inestimable para ellos, quizás con la idea de regresar en un futuro y volver a posesionarse de ellas, o por utilizarlas momentáneamente como excelentes bodegas para esconder víveres y todo tipo de objetos preciados, con esta misma idea de un futuro regreso. No nos ha sido confirmada esta segunda hipótesis con las excavaciones de los cuartos adyacentes al salón: en éstos no hallamos rastros de almacenamiento de ningún tipo. ¿No volvieron jamás esos grupos a habitar la zona abandonada? ¿Sí regresaron, pero quizás sólo para recuperar lo que ahí habían dejado almacenado? Desde luego, nosotros pudimos advertir que los accesos de algunos cuartos del Grupo C de Yácata El Ángel no conservaban más sus entradas tapiadas...

Hipotéticamente podría pensarse que los movimientos poblacionales, en Guanajuato entre 600 y 1000 d.C., guardarían relación con ese supuesto desplome de la frontera septentrional de Mesoamérica. Me limito entonces a enunciarlo, pero no puede extenderse el presente trabajo sobre un tema tan vasto y complejo, el cual ya ha generado valiosas discusiones de autores de la talla de Armillas (1964, 1969, 1987) y Braniff (1974, 1989), y que en todo caso ameritaría aún numerosas mesas redondas.

Sería posible concebir que el grupo dirigente [...] cuando acordó abandonar la zona optó por clausurar sus salas de reunión, [...], o de utilizarlas momentáneamente como excelentes bodegas para esconder víveres y todo tipo de objetos preciados, con esta misma idea de un futuro regreso

El sitio de Nogales, junto con los asentamientos en asociación, constituye indudablemente una manifestación cultural original en el Bajío; el caso de las grandes salas con atrio es claro al respecto: este tipo de construcción permite vincular los sitios del Barajas con la cultura Chalchihuites.

Es importante señalar que la arquitectura de los sitios del cerro Barajas parece un avance de lo que será construido, más hacia el sur, en épocas posteriores; muestra de ello, el sitio de San Antonio Carupo, en la vertiente sur del río Lerma, cuya ocupación principal corresponde a los inicios del Posclásico –fase Palacio–; este sitio –que presenta una arquitectura de lajas– consta de un salón, atrio con pilares rectangulares y pórtico externo (Faugère-Kalfon 1996).

Los indicadores del Malpaís de Zacapu, ya para épocas más tardías, siguen revelando tradiciones que guardan aún relación con las que hemos estado describiendo (pese a que igualmente muestran claras diferencias con ellas); nos seguimos encontrando con: revestimientos de lajas en los basamentos piramidales; templos con pórticos; importantes edificios destinados a reuniones dentro de los espacios cívico-ceremoniales (salones-atrios en Barajas, *casas grandes* en el Malpaís); emplazamientos de los sitios en zonas protegidas contra posibles ataques; edificación de verdaderas estructuras defensivas; uso bien difundido de almacenes, a veces agrupados en áreas específicas; persistencia del rito de *matanza* de los fogones al momento de emigrar... (Voy a extenderme más adelante sobre este último punto).

El Malpaís de Zacapu en el Posclásico Tardío

El Proyecto Michoacán I (1983-1987) "... contemplaba la realización de un estudio de todas las manifestaciones perceptibles de ocupación prehispánica en la región ..." (Michelet, coord. 1992: 17-18). Después de las tres primeras temporadas de campo en Michoacán efectuadas en 1983, orientamos nuestros esfuerzos hacia la resolución de ciertos problemas específicos, uno de los cuales era el estudio de los numerosos asentamientos posclásicos de la zona Sierra. Con este propósito efectuamos excavaciones en 1984 y 1985; sin embargo, otros sondeos y recorridos, llevados a cabo entre 1983 y 1986, nos vinieron a proporcionar mayor cantidad de datos. Por otra parte creímos conveniente ampliar las conclusiones del Proyecto Michoacán I, con lo que surgió el Proyecto Michoacán III (1994-1996), cuyas dos metas principales eran la transición entre la fase Palacio (900-1200 d.C.) y la fase Milpillas (1200-1450 d.C.) y el registro más sistemático de los asentamientos y de las estructuras de la fase Milpillas, en el Malpaís de Zacapu. Voy ahora a detenerme sobre las estructuras de la fase Milpillas y las evidencias de su abandono. Una primera mirada: se ha estimado la población del sitio Milpillas en unos 3 000 individuos; si todas las estructuras visibles en superficie fuesen contemporáneas, la de todo el Malpaís de Zacapu podría ser de unos 10 000 (Migeon 1990).

Los fogones *matados*

En 1984 y 1985, durante las excavaciones del Grupo B de Milpillas (figura 6), se trabajaron 40 estructuras: en 23 de ellas se realizaron trabajos de limpieza; en 6, excavaciones horizontales parciales y en 11, se practicaron

excavaciones horizontales integrales (Michelet *et al.* 1984, 1985; Michelet, Migeon y Pereira 1994, 1995). La limpieza de estructuras consistió esencialmente en retirar la capa de hojarasca y las piedras caídas en las esquinas; esto nos permitió dibujar el plano completo de las habitaciones y encontrar el fogón. En todas las estructuras habitacionales comunes, las tres piedras cilíndricas de los fogones –con dimensiones entre 0.55 m y 0.80 m de ancho por entre 0.80 m y 1.20 m de largo, y por lo general halladas en el centro de las habitaciones– fueron encontradas *in situ* y *matadas*: las piedras partidas en trozos y un pedazo –correspondiente a casi media piedra, en los tres casos– clavado en la tierra.

Figura 6 – Grupo B del sitio de Milpillas, Zacapu, Michoacán (plano de Dominique Michelet).





Figura 7 – Fogón de B14 de Milpillas (foto de Gérald Migeon).



Figura 8 – Fogón de Y1 de Milpillas (foto de Olivier Puaux).

Someramente voy a proporcionar la descripción de tres estructuras representativas del Grupo B, que fueron excavadas de raspado sea parcial –B5, Y1–, sea completamente –B14– (Migeon 1990). Con ese método se excavan cuidadosamente, con cuchara de albañil, las capas y los pisos de ocupación; además la metodología contempla el dibujo, la fotografía, o ambos, más el registro tridimensional, mediante cédulas de todos los vestigios hallados: tepalcates, lascas de obsidiana, piedras...

- Se realizaron excavaciones parciales, de 6 m x 5.60 m, en la Estructura B5 situada a 6 m al este de la B6 –la mayor del grupo–; quedaron excavados 15 m² de su interior y 8 m² de sus zonas externas norte y noroeste; este trabajo sacó a la luz un fogón de 1.02 m de largo por 0.64 m de ancho, el cual constaba de tres piedras cilíndricas quebradas *in situ*, junto con un deflector de 47 cm por 32 cm ubicado en la parte norte, enfrente de la entrada. En el fogón observamos muchos tepalcates grandes y tierra quemada, y además una piedra plana y otra circular de 20.5 cm de diámetro y 7.5 cm de espesor. Es revelador que aparecieran en el interior del fogón esos grandes tepalcates –de una o más vasijas, con un peso de 67 g en promedio, en lugar de los 5-10 g de costumbre–; el hecho nos apunta a que esa cerámica habría sido quebrada ahí intencionalmente.
- La Estructura B14, de 5.34 m x 5.50 m (figura 7), pertenece a un subgrupo de cuatro estructuras ubicadas al noreste de la pirámide del grupo. El fogón central de 1.20 m x 0.80 m estaba enterrado, hundido 20 cm bajo el piso de la estructura; habían quedado *in situ* sus tres piedras cilíndricas, quebradas por la mitad.
- La Estructura Y1 –un cuadrado con lados de 3.80 m, que fue interpretada como un anexo-cocina de la habitación Y2–contaba igualmente con un fogón –algo desviado en relación con el eje central, de 0.70 m x 0.54 m– y con sus tres piedras cilíndricas *in situ*, también rotas (figura 8).

Durante los recorridos efectuados entre 1983-1985 y 1994-1995, limpiamos o excavamos numerosos fogones de otras tantas habitaciones en pos de confirmar o invalidar el hallazgo de las tres piedras cilíndricas *matadas* (Michelet *et al.* 1984, 1985; Michelet, Migeon y Pereira 1994, 1995). Sucedió que, en la gran mayoría de los casos, sí aparecían esas piedras partidas *in situ*. La posibilidad de que las piedras hubieran sido quebradas por posteriores ocupantes, por saqueadores quizás, se debilita frente al hecho de que siempre los trozos aparecieron en las proximidades del fogón: de haberse tratado de saqueadores, ellos habrían esparcido los pedazos por cualquier parte, desordenadamente. Además en numerosos casos, las partes faltantes de las piedras fueron encontradas *in situ* en las capas de relleno posteriores al abandono de estructuras no saqueadas.

En algunos fogones casi no había cenizas, lo que parece indicar que sus usuarios los habrían limpiado antes de partir; en otros encontramos tepalcates grandes, carbones y cenizas: tal vez las huellas de una última ceremonia de terminación. Ahora, en la *RM* (*Relación de las ceremonias ... (RM)* [1541] 1956, 1977, 1984) están representados tres tipos de fogones, de uso doméstico, y dos de exclusivo uso ceremonial; los tres de uso doméstico son:

- Los fogones –llamados *panaqua* en purhépecha– que están conformados por tres piedras cilíndricas encima del suelo sobre las que va la olla (*Relación de las ceremonias ... (RM)* [1541] 1977: 56, 197 y lámina 6); (véase nuestra figura 9).

Sus características son similares a las que he descrito anteriormente.

- Los contruidos con piedras alargadas, de forma cuadrada o rectangular; carecen de las tres piedras cilíndricas y aparecen en el interior de un edificio (*Relación de las ceremonias ... (RM)* [1541] 1977: 138 y 151).
- Los fogones sencillos de ramas apiladas sobre la tierra y ubicados afuera de las construcciones (*Relación de las ceremonias ... (RM)* [1541] 1977: 74 y 86).

Difícilmente las huellas de estos últimos hubiesen podido perdurar por largos periodos de tiempo.

No hemos hallado durante los trabajos de campo fogones domésticos con las piedras alargadas, pero debemos tener en cuenta que nuestras excavaciones quedaron limitadas a un único grupo (cuando el sitio de Milpillas tiene por lo menos 17 grupos); tampoco aparecieron fogones de ramas, pero como comentamos esos vestigios lógicamente no habrían podido permanecer durante periodos largos de tiempo.

Uno de los que sí encontramos, el fogón de la Estructura B3, de 1 m x 1.10 m –colocado en el centro de la *casa grande* (a su vez de 10.40 m x 10 m de dimensiones), y en buen estado de conservación, sin huellas de destrucción– contenía abundantes restos de cenizas así como gran cantidad de pedazos de tierra quemada. Este fogón en verdad podría ser interpretado como ritual, por su morfología y su ubicación en un edificio de carácter cívico-ceremonial.

Dos esculturas *matadas*

En el Subgrupo II, al lado de la pirámide, se alza una de dos estructuras centrales, la Estructura B6, un cuadrado de 10 m de lado; en ella, así como en la parte norte y en el ángulo exterior nordeste (figura 10), se practicaron excavaciones horizontales las cuales tuvieron como resultado sacar a la luz otro caso de posible muerte ritual; en este caso se trata de dos esculturas con diseños estilizados que se yerguen en el centro de B6 a proximidad de una huella orgánica negra, probablemente la de un poste sostenido por piedras sin esculpir; ambas sufrieron la amputación de la parte superior (¿representaciones de dos cabezas humanas?); no disponemos de elementos que nos permitan afirmar que los tajos habrían sido efectuados de forma intencional en el momento del abandono del asentamiento (figura 11).

A priori, los hallazgos de fogones *matados* y *limpiados*, esculturas decapitadas y escaso material sobre los pisos de las estructuras habitacionales, en el transcurso de las excavaciones de los sitios El Infiernillo y Milpillas (véanse a continuación), son ya indicios de una retirada súbita y planificada de los habitantes de estos lugares, resultado de la decisión colectiva del grupo, y acompañada de sus correspondientes rituales. En cuanto a lo que nos indican los fechamientos ¹⁴C calibrados, la fase Milpillas acabaría hacia 1450; por otra parte, además, se obtuvo muy escaso material de la fase Tariácuri –(1450 d.C. - 1520 d.C.), característica de la fase protohistórica tarasca bien conocida en la región del lago de Pátzcuaro–; estos datos apuntan a que el desplazamiento colectivo del grupo de pobladores a otra zona se habría producido hacia la mitad del siglo xv.



Figura 9 – Fogón de la RM (1977: 56, lámina 6) (foto de Gérald Migeon).



Figura 10 – Estructura B6 de Milpillas (foto de Gérald Migeon).



Figura 11 – Parte central de B6: huellas de poste, dos estatuas y piedras (foto de Gérald Migeon).

... en los sitios del Malpaís de Zacapu, particularmente en el de Milpillas, sus pobladores tarascos antes de partir destruyeron intencionalmente las piedras *vivas* de los fogones, y [...] llegaron incluso a destruir ollas, esculturas ...

Conclusión sobre los rituales de terminación

Igualmente, en numerosos sitios mesoamericanos o del suroeste de Estados Unidos –estos otros abandonados también de forma planificada, aunque paulatinamente– aparecieron indicadores de rituales de matanza –por ejemplo, un tipo muy característico de ofrendas que no es posible confundir con ofrendas de otro estilo depositadas con fines diferentes–, así como vestigios de rituales con destrucción de edificios (Inomata y Sheets 2000: 5-10). He mencionado ya cómo, en ciertas ocasiones, los grupos que habitaban la zona del cerro Barajas, con motivo del abandono, no sólo tapiaron sus recintos de reunión o sus almacenes sino que depositaron además una ofrenda especial. También he explicado que en los sitios del Malpaís de Zacapu, particularmente en el de Milpillas, sus pobladores tarascos antes de partir destruyeron intencionalmente las piedras *vivas* de los fogones, y que llegaron incluso a destruir ollas, esculturas...; la falta de vestigios de ofrendas de terminación no puede entenderse como que éstas simplemente no se realizaron: caso de haberse efectuado, pero utilizando alimentos, bebidas, flores, copal..., difícilmente podríamos detectar los restos de ese material precedero.

Estos indicadores de ritos tarascos de terminación y clausura que hemos detectado en la región de Zacapu nos remiten a los rituales de los aztecas, quienes con motivo de la fiesta de Panquetzalitzli "... apagaban los fuegos, tumbaban las piedras del hogar y las estatuas de los dioses, destruían toda la vajilla y barrían, pues todo debía ser renovado" (Graulich 1990: 397-402).

Abandono y limpieza de las habitaciones del Malpaís de Zacapu

El estudio del material encontrado en los pisos de ocupación y en el basurero J21-J26, junto a las estructuras B5 y B6 del sitio de Milpillas (véase figura 6), aportó datos de las áreas de actividad en sí y también de sus sucesivas reutilizaciones (Migeon 1990). Decidimos estudiar como pisos sucesivos aquellos utilizados por un mismo grupo de pobladores, a lo largo del tiempo, es decir:

- Las capas que se encontraban bajo el relleno de sedimentación reciente –capa húmeda café gris oscuro, entre 3 cm y 10 cm de espesor–, producto de la destrucción –principalmente de piedras caídas de los cimientos de unos 60-80 cm de altura– y de la sedimentación –tierra y bajareque de las paredes construidas encima de los cimientos– de las propias estructuras –todas ellas de un solo cuarto–, pero que aparecía sobre el piso firme compuesto a base de piedras planas, tierra y de granzones (o gravitas). Las capas de ocupación –de textura arcillosa-arenosa– y el piso –muy irregular y a veces endurecido, de color café amarillento por la presencia de tierra quemada–, alcanzan un espesor total de entre 10 y 30 centímetros.
- No fue posible determinar categóricamente, aún menos para el caso de las del sitio de Milpillas, si todas las estructuras protohistóricas tarascas del Grupo B fueron, o no, contemporáneas, aunque sí pertenecen a la misma fase de Milpillas (1200 d.C. - 1450 d.C.); tampoco se pudo determinar por cuánto tiempo se mantuvieron en uso, ni si al final de la ocupación lo estaban todavía.

Regresando al material encontrado en las capas de ocupación, pudimos observar que, en general, la densidad de material era más fuerte alrededor del fogón –siempre en el centro del cuarto, salvo en dos casos; por la información que fuimos logrando, nos fue posible determinar ciertas áreas de actividades especializadas: en B3, localizamos una zona de trabajo del basalto; en B6 y B37, áreas de trabajo de lítica –obsidiana y basalto–; en B6, detectamos las áreas de almacenamiento y los dormitorios así como las zonas destinadas a rituales (véase figura 11); en B14, encontramos una urna funeraria con dos infantes. Pensamos que, en B14, la falta prácticamente de artefactos líticos en el piso de la habitación puede deberse a razones diversas: posible área especializada ubicada fuera de la habitación; determinada categoría social de sus moradores...

Ninguna vasija completa fue encontrada en las habitaciones, salvo la urna funeraria de B14; tampoco hallamos completos metates ni manos, pero sí algunos grandes utensilios de basalto para desfibrar el maguey, el tule y los juncos, así como (muy erosionados) algunos raspadores, numerosas navajas y lascas de obsidiana. En el basurero descubrimos un único fragmento de metal, una aguja de cobre. En la Estructura B6, de hecho una *casa grande*, ciertos objetos de piedra un poco pesados, de formas inhabituales y de funciones desconocidas, quedaron ahí abandonados por los que se fueron; numerosos fragmentos de pipas y de tepalcates recortados en forma circular también abundaban en este lugar.

Ya he mencionado que no hallamos piezas completas en los trabajos de excavaciones de las zonas habitacionales, sin embargo, la gran cantidad de vestigios cerámicos y líticos que aparecieron por metro cuadrado excavado de piso en las estructuras sí nos aportó un corpus de datos muy útil para nuestro estudio.

Como puede verse en el cuadro anexo, he calculado la proporción de material encontrado (tepalcates, piezas de obsidiana y de lítica) en relación con el área en m² donde se encontraba; para el basurero, que tiene un espesor de 65 cm, es decir, más o menos tres veces más que la de los pisos de las estructuras, he multiplicado entonces su superficie excavada por tres; así,

Cuadro – Superficie, en m², de las estructuras excavadas en Milpillás, Zacapu, Michoacán. Cantidad de material cerámico y lítico encontrado durante los trabajos de excavación. Proporción del mismo en relación con el área donde se encontraba.

Estructuras	Superficie del piso excavado m ²	Cantidad de Tepalcates (T)	(T) / m ²	Cantidad de piezas líticas (PL)	(PL) / m ²	Cantidad de piezas de obsidiana (O)	(O) / m ²	Cantidad de piezas de lítica (sin la obsidiana) (L-O)	(L-O) / m ²
B3 (sin la fosa)	35	1 095	31.2	501	14.3	136	3.8	365	10.4
B6	111	7 238	65.2	655	5.9	498	4.4	157	1.4
Total parcial de B3 + B6	146	8 333	57.0	1 156	7.9	634	4.3	522	3.5
B5	23	2 773	120.5	220	9.5	139	6.0	81	3.5
B11	9	2 618	290.8	122	13.5	95	10.5	27	3.0
B14	25	3 544	141.7	211	8.4	188	7.5	23	0.9
B37	16	3 626	226.6	382	23.8	184	11.5	198	12.3
Total parcial de B5 + B11 + B14 + B37	73	12 561	172.0	935	12.8	606	8.3	329	4.5
Total (sin el basurero)	219	20 894	95.4	2 091	9.5	1 240	5.6	851	3.8
Basurero	18	9 561	531.1	786	43.6	703	39.0	83	4.6
Total final (con el basurero)	237	30 455	128.5	2 877	12.1	1 943	8.1	934	3.9

Cuando el abandono del sitio es definitivo y además ése queda en el olvido, encontramos vestigios originales bien conservados; [...] las diferentes etapas de posteriores ocupaciones, los imperativos de abastecimiento de material, los saqueos [...] llegan a modificar tanto a esos restos que al final producen datos confusos para los arqueólogos ...

en lugar de dividir la cantidad de material entre 6 m² de superficie, por ejemplo, lo he hecho entre 18 m², corrección estadística necesaria para lograr resultados apegados a la realidad. Para optimizar la lectura de los datos, los de las dos *casas grandes*, B3 y B6, están presentados primero, y las habitaciones comunes después. Esperaría con estos cálculos obtener una chispa de claridad sobre los acontecimientos del pasado.

De manera clara lo primero que surge es una diferencia de proporción del material –tepalcates y lítica–, entre ambas estructuras: resultan 57 tepalcates más 8 piezas líticas por m² en las *casas grandes* frente a 172 tepalcates más 13 piezas líticas por m² en las habitaciones comunes. La alta proporción de material encontrado en el basurero (531 tepalcates y 43 piezas líticas por m²) es la esperada de este tipo de depósito. El basurero puede haber estado vinculado a las estructuras B6 y B5; es muy significativo, por ejemplo, el número bajísimo de huesos de animal encontrado en B6: sólo 3; en cambio, los 133 del basurero, es decir, 85% del total de huesos encontrados durante las excavaciones, nos llevan a pensar que ese tipo de restos era desechado de manera casi sistemática. Queda aún por despejar si el basurero o parte de él se generaría por un ritual de terminación con cerámica *matada*, en el cual la población al destruir sus ollas habría arrojado los trozos a un lado de las estructuras...

Conclusión sobre la limpieza de las habitaciones

En el Grupo B de Milpillas, hallamos pruebas de una limpieza menos intensa para las habitaciones comunes que la que se realizó para las *casas grandes*, las cuales gozaban de una categoría superior; pese a todo, los datos proporcionados por el cuadro ya mencionado me llevan a concluir que ninguna de las habitaciones por nosotros excavadas parece haber sido abandonada antes que las demás; en apariencia, a la B5 se le aplicó una “mejor limpieza” que la que se llevó a cabo en las habitaciones B11 y B37, pero esto muy probablemente se debe a su proximidad con la *casa grande* B6, con el centro ceremonial del grupo y con el propio basurero. Este último, de más de 65 cm de espesor, fue descubierto entre las estructuras B5 y B6; contenía muchos huesos de animales, muchas lascas, numerosos fragmentos de pipas y tepalcates recortados en redondo, dos sellos, bastantes navajas prismáticas desgastadas y tepalcates grandes y pequeños erosionados; en fin, todo aquello que en él arrojaron los habitantes de ambas estructuras cuando las limpiaron.

Según algunos autores (Tomka y Stevenson 1993: 191-195; Schiffer 1972, 1983 y 1985; Binford 1981) y según mi propio sentido común y experiencia, cuando se produce un abandono planificado, sea paulatino o súbito, los grupos que viajan, a) suelen llevar consigo una parte de sus pertenencias; b) en ocasiones decidieron dejar cierto tipo de objetos en el piso con la idea de recuperarlos en un posible regreso. Si se da el caso de que una estructura es abandonada antes que otras, los habitantes que aún no se han ido tienden a usar la abandonada como basurero y llegan incluso a buscar ahí objetos aún utilizables. Al parecer así sucedió en Aguatega y Caracol (Inomata y Sheets 2000: 5-10).

Que en las excavaciones de las habitaciones del Grupo B de Milpillas no hayamos encontrado piezas completas parece confirmar que los habitantes en sucesivos viajes se fueron llevando todas sus pertenencias, excepción

hecha de algunos objetos más pesados como molcajetes, fragmentos de metates de basalto rotos y otros elementos en piedra que nos fuimos a encontrar sobre el piso; desde luego en este último caso podría también tratarse de bienes que pensaban recuperar más adelante: personalmente no estoy a favor de esta posibilidad; nosotros no encontramos datos que apuntasen a ese posible regreso, ni tampoco descubrimos escondite alguno durante los trabajos de excavación que practicamos en las estructuras.

Generalmente, cuando se ha previsto una determinada fecha para el abandono, quienes han decidido mudarse suelen desatender, en las etapas finales previas al viaje, las tareas de limpieza de las áreas que piensan dejar. Lo que fuimos descubriendo es que, en la zona estudiada, esto no sucedió así; por un lado, ninguna estructura fue usada como basurero y por otra parte los ocupantes efectuaron las faenas de limpieza como siempre lo habían hecho hasta la misma fecha de su partida.

El panorama que vengo describiendo me induce a creer que toda la comunidad –quizás casi la totalidad de la misma– emprendió por la misma fecha el viaje acordado, con lo que el despoblamiento del sitio habría sido completo.

OCUPACIONES PREHISPÁNICAS POSTERIORES AL ABANDONO

Nuestros trabajos siguieron en pos de la historia de estos sitios del cerro Barajas y de la región de Zacapu, a lo largo de los siglos y hasta la actualidad; en algunas estructuras logramos detectar indicadores de posteriores ocupaciones prehispánicas, probablemente se trató de grupos menos numerosos, nuevos pobladores de la zona.

El cerro Barajas

En el cerro Barajas, descubrimos huellas de ocupaciones posteriores a la original del sitio –entre 400 d.C. y 1000 d.C.–; en el Grupo A de Los Nogales, una estructura circular, A1sup, fue construida arriba de A1 de fase Barajas –entre 600-650 d.C. y 950 d.C.–; para la “nueva”, esos posteriores moradores no dudaron en utilizar piedras de laja tanto de la A1 como de la A2 cercana. A su vez, también en su momento la Estructura A2 había sido construida con piedras de laja extraídas de las partes altas de los muros de estructuras anteriores a ella –las estructuras A2sub1 y A2sub2 fechadas de la fase Nogales, entre 400-450 d.C. y 600-650 d.C.; pudimos detectar así mismo varias fosas excavadas con el fin de extraer lajas de la base misma de los cimientos de las construcciones (Michelet, Migeon y Pereira 2000, 2001 y 2002).

El hallazgo de tepalcates típicos del Posclásico Temprano en los derrumbes de los muros de A2 nos conduce a afirmar que, durante la última ocupación, la Estructura A2 fue utilizada como basurero por los ocupantes de A1sup. Por otra parte, en la plaza principal del sitio, entre los basamentos piramidales del Grupo B, aparecieron los restos de un fogón utilizado por cazadores-recolectores: había puntas de proyectil y tepalcates tarascos asociados, lo que fecharía el acontecimiento para finales del siglo xv o principios del xvi. También en el Grupo C de Yácata El Ángel, en la capa super-

ficial húmifera, detectamos fragmentos de puntas de proyectil atribuibles a grupos de cazadores-recolectores posteriores al traslado de los habitantes sedentarios epiclásicos.

El Malpaís de Zacapu

No detectamos, en el Malpaís de Zacapu, más que unos cuantos tepalcates de la fase Tariácuri (1450-1520 d.C.), sin que hayan aparecido otras trazas sobre la presencia de grupos prehispánicos posterior a mediados del siglo xv.

Conclusión sobre ocupaciones posteriores

En lo que respecta a las dos regiones, las perturbaciones efectuadas en el periodo colonial y otras más recientes produjeron confusión en el registro arqueológico que después encontraron los investigadores; me refiero en primer lugar a los saqueos practicados en el interior de los basamentos piramidales, incluso en algunas habitaciones, en pos de posibles tesoros –como sucedió en Michoacán; pero me refiero también a otro tipo de actividades: la población local posterior a los grupos prehispánicos, con la fabricación de carbón de leña o la explotación de la propia madera, removió capas de relleno y pisos...; pastores y leñadores, con piedras de los edificios de los sitios arqueológicos del Malpaís de Zacapu, levantaron chozas y cabañas; la explotación de canteras de piedras acabó por destruir numerosos edificios prehispánicos que habían sido levantados, en la cercanía de recientes poblados.

DISCUSIÓN FINAL

Basándome en la clasificación del trabajo básico de Schiffer (1985: 24-29) –quien, como en su momento he explicado ya en este artículo, estableció ocho diferentes tipos de variables, o cadenas de variables, según los procesos, determinantes de la composición final de los vestigios de superficie, de estructuras habitacionales–, y dado que aparece cierto paralelismo entre lo especificado por Schiffer y estos vestigios de procesos de abandono planificado sacados a la luz por nuestras excavaciones, en los sitios del cerro Barajas, Guanajuato y en el sitio de Milpillas, Michoacán, he creído conveniente comparar lo que el autor enuncia con nuestro propio registro de material; al hacer la comparación podemos constatar que:

- a) En ambos sitios, hallamos desechos primarios (*primary refuse*) poco numerosos y erosionados, en las capas de ocupación y en los pisos aún conservados; si seguimos a Schiffer, éstos corresponden a lo depositado en la fase de ocupación principal.
- b) Respecto a esos dos sitios también, los desechos de abandono (*abandonment refuse*) que fueron siendo dejados cuando ya el proceso de abandono está decidido, aparecían tan mezclados con los primarios, que fue imposible diferenciar unos de otros.
- c) Los desechos *de facto* (*de facto refuse*) podrían ser esos objetos de piedra, antes descritos, un poco pesados, de formas inhabituales y de funciones desconocidas, así como los fragmentos de grandes vasijas encontrados en B6 en Milpillas; es también muy difícil distinguirlos de los desechos de abandono, como lo explicaba Schiffer. En cuanto al cerro Barajas, no podemos aún concluir puesto que las excavaciones no fueron exhaustivas y queda aún por estudiar detalladamente todo el material sacado.
- d) Si nos remitimos a los depósitos rituales, la olla encontrada en la puerta tapiada del Grupo C de Yácata El Ángel podría ser catalogada como indicador de ceremonia ritual de clausura, de terminación; lo mismo las puertas tapiadas en los sitios del cerro Barajas, también quizás las esculturas de la *casa grande* B6 de Milpillas e incluso los fogones *matados* de los sitios tarascos de la región de Zacapu.

- e) En el cerro Barajas, los tepalcates recolectados en el relleno de destrucción de A2 y las herramientas de cazadores-recolectores recuperadas en la capa superficial, entre las ruinas de los edificios epiclásicos, proceden de depósitos efectuados por ocupantes posteriores o *squatters*.
- f) Las diferencias entre desechos secundarios, desechos *de facto* y desechos primarios son tan vagas –igualmente, Schiffer lo prevé–, que nos impidieron su correcta clasificación.
- g) Los desechos procedentes de caída de muros, techos, por la acción de los elementos naturales, sí pudieron ser perfectamente determinados durante las exhaustivas excavaciones en habitaciones de Milpillas y en la Estructura A2 de Nogales, dado que habíamos optado por un trabajo de excavación en extremo fino y preciso tanto en los escombros de destrucción de edificios como en los rellenos de sedimentación y construcción.
- h) Esos artefactos que quedaron fuera de las estructuras –o dentro de ellas–, tras disturbios culturales o ambientales, no son fáciles de interpretar; probablemente aparecen ahora mezclados con los desechos producto de la caída de los muros, techos, por la acción de los elementos naturales. Sin olvidar otros elementos perturbadores como por ejemplo las intervenciones de leñadores, constructores, saqueadores... ya en épocas colonial y reciente.

Para comprobar si mis hipótesis son ciertas, podemos utilizar el sistema de mediciones de Montgomery (1993: 157-164); con el fin de elucidar la función de las estructuras estudiadas así como su modalidad de abandono, esta investigadora –apoyándose en particular en los trabajos de Reid (1973), Reid, Schiffer y Neid (1975)–, ha comparado las densidades de tepalcates hallados por m² con el número de vasijas completas encontradas en las excavaciones. En base a esta comparación la autora determina distintos tipos de abandono.

Al aplicar las fórmulas de Montgomery para las estructuras de Milpillas excavadas por nosotros de manera exhaustiva, aparecen los datos siguientes:

- Según ella, cuando la densidad de tepalcates y el número de vasijas son débiles, se trataría de una estructura cívico-ceremonial abandonada hace mucho tiempo; esto sí coincide con lo que yo mismo propongo para las estructuras cívico-ceremoniales B3 y B6 de Milpillas.
- Siguiendo a la autora, cuando la densidad de tepalcates es baja y el número de vasijas alto, estamos en una habitación abandonada recientemente; no hemos encontrado casos que correspondan a estas características.
- Cuando la densidad de tepalcates es alta y el número de vasijas bajo, Montgomery concluye que se trata de una habitación abandonada rápidamente, y en tiempos lejanos, lo que se aplicaría para las habitaciones comunes B5, B11, B14 y B37; sin embargo, creo que nuestras observaciones sobre las diferencias entre las limpiezas de habitaciones comunes y *casas grandes* aportan más lógica a las distribuciones que encontramos.

Además, esta proporción de densidad de tepalcates alta y número de vasijas bajo puede deberse a otras circunstancias, como fue la de los casos de Xochicalco, y de Cerén (Webb y Hirth 2000: 99-100). No hay duda de que, en esos sitios, muchas cerámicas colgadas habían sido abandonadas por los habitantes al huir de los invasores –en el sitio mexicano– o de la erupción volcánica –en el segundo caso–; con el tiempo, caen las vasijas y se rompen al contacto con el piso; ésta y no otra es la explicación de la alta densidad de tepalcates (ninguna vasija fue hallada completa debido al golpe por la caída).

Es necesario señalar que nuestras excavaciones no analizaban estructuras tan bien preservadas como las de Tetimpa (Plunket y Uruñuela 1998: 287-309; 2000: 78-87), las de Aguateca o las de Cerén, por lo cual únicamente puedo de momento insistir en la gran complejidad del abandono y de las conductas que éste genera, coincidiendo con las afirmaciones de Tomka y Stevenson (1993: 191-195).

Termino por puntualizar que, si bien, para las dos regiones estudiadas, siempre tratamos de identificar los procesos de ocupación –de determinar con precisión las diferentes capas, pisos, todo tipo de objetos hallados en los basureros– y de diferenciar éstos de otros procesos ya de abandono final –señalando los rituales de terminación–, por otro lado y como ya he venido

mencionando, no nos fue posible marcar nítidamente las fronteras entre los conjuntos de desechos de abandono y aquellos *de facto*, o entre los desechos depositados producto del derrumbe de muros, techos, por la acción de los elementos naturales, y los artefactos desplazados tras los disturbios ya ocurridos después la ocupación; sencillamente, los sitios que hemos analizado no fueron “sellados” perfectamente por cenizas, coladas de lodo o de lava, en los momentos en que se producía su abandono...; eran sitios que habían padecido toda suerte de acontecimientos a lo largo de su historia; nosotros mismos, con los trabajos de excavación, también contribuimos a la destrucción así fuera ínfima de los pocos vestigios conservados, por nuestro propio afán de restituirles esa historia que se hundía en las profundidades de su pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- Armillas, Pedro 1964 – Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica. In *Homenaje a Francisco Márquez Miranda*. Universidad de Madrid y Universidad de Sevilla, Madrid: 62-82.
- 1969 – The Arid Frontier of Mexican Civilization. *Transactions of the New York Academy of Science. Series 3* (31) 6: 697-704. Section of Anthropology, State University of New York at Stony Brook, Stony, Nueva York.
- 1987 – Chichimecas y esquimales: la frontera norte de Mesoamérica. En de Rojas, J.L. (ed.). *La aventura intelectual de Pedro Armillas*: 35-66. El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.
- Binford, Lewis R. 1981 – Behavioral Archaeology and the “Pompeii Premise”. *Journal of Archaeological Research* 37 (3): 195-208.
- Bordes, François 1975 – Sur la notion de sol d’habitat en préhistoire paléolithique. *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 72: 139-144.
- Braniff, Beatriz 1974 – Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana. En Bell, B. (ed.). *The Archaeology of West Mexico*: 40-50. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, Jalisco.
- 1989 – Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo. *Arqueología* 1 (2ª época): 99-114.
- Cameron, Cathy 1993 – Abandonment and Archaeological Interpretation. En Cameron, Cathy M. y Steve A. Tomka (eds.). *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*: 3-7. Cambridge University Press, Cambridge.
- Castañeda López, Carlos y Yolanda Cano Romero 1993 – La arquitectura monumental de San Bartolo, Agua Caliente. *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* 25: 64-72.
- Faugère-Kalfon, Brigitte 1996 – Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza. *Cuadernos de Estudios Michoacanos* 7. CEMCA, México.
- Graulich, Michel 1990 – *Mitos y rituales del México antiguo*. Colegio Universitario y Ediciones Istmo, Madrid.
- Healan, Dan 2000 – What a Dump! Rapid Abandonment as seen from the Perspective of Nonrapid, Impermanent Abandonment at Tula, Hidalgo. *Mayab* 13: 103-107.
- Hers, Marie-Areti 1995 – Las salas de columnas en La Quemada. En Dahlgren, B. y D. Soto de Arechavaleta (eds.). *Arqueología del norte y occidente de México. Homenaje al Doctor J. Charles Kelley*: 93-113. UNAM, México.
- Inomata, Takeshi y Payson Sheets 2000 – Mesoamerican Households Viewed from Rapidly Abandoned Sites: an Introduction. *Mayab* 13: 5-10.
- Leroi-Gourhan, André y Michel Brézillon 1983 – Fouilles de Pincevent. Essai d’analyse ethnographique d’un habitat magdalénien. VII Suplemento de *Gallia Préhistoire*. CNRS, París.
- Manzanilla, Linda (ed.) 1986 – *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. Serie Antropológica 76. UNAM, México.
- Michelet, Dominique (coord.) 1992 – El Proyecto Michoacán 1983-1987. Medio ambiente e introducción a los trabajos arqueológicos. *Cuadernos de Estudios Michoacanos* 4. Coll. *Études Mésoaméricaines* (II) 12. CEMCA, México.
- Michelet, Dominique, Alain Ichon y Gérald Migeon 1988 – Residencias, barrios y sitios postclásicos en el Malpaís de Zacapu. *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México. Memoria. Cuaderno de trabajo* 1: 177-191. Centro Regional del INAH en Querétaro, INAH, Mexico.
- Michelet, Dominique, Gérald Migeon y Grégory Pereira 1994 – Informe de los trabajos de campo (octubre-noviembre 1994). *Proyecto Michoacán III*. CEMCA, México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.
- 1995 – Informe de los trabajos de campo (octubre-noviembre 1995). *Proyecto Michoacán III*. CEMCA, México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.
- 2000 – Informe de los trabajos de campo realizados en el cerro Barajas, Guanajuato, junio de 1999, 27 de octubre-21 de noviembre de 1999. Unidad de investigación *Archéologie des Amériques*, CNRS, CEMCA, París y México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.
- 2001 – Informe de los trabajos de campo realizados en el cerro Barajas, Guanajuato, 23 de octubre-26 de noviembre de 2000. Unidad de investigación *Archéologie des Amériques*, CNRS, CEMCA, París y México, informe mecanuscrito, disponible en el CEMCA y en el INAH.
- 2002 – Informe de los trabajos de campo realizados en el cerro Barajas, Guanajuato, 26 de octubre-23 de noviembre de 2001. Unidad de investigación *Archéologie des Amériques*, CNRS, CEMCA, París y México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.
- Michelet, Dominique *et alii* 1984 – Informe de los trabajos de campo y de laboratorio (octubre-diciembre 1984). *Proyecto Michoacán I*. CEMCA, México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.
- 1985 – Informe de los trabajos de campo en torno al tema “hábitat posclásico” en el sitio de Las Milpillas (octubre-noviembre 1985). *Proyecto Michoacán I*. CEMCA, México, informe mecanuscrito disponible en el CEMCA y en el INAH.

- Migeon, Gérald 1985 – Tradición oral, arqueología e historia: el caso de Ichán, Michoacán. *TRACE* 8: 52-56, México.
- 1990 – Archéologie en pays tarasque. Structure de l'habitat et ethno-préhistoire des habitations tarasques de la région de Zacapu (Michoacán, Mexique). Tesis de doctorado, Universidad de París I, París, 609 + 358 páginas.
- 1991 – Les sites tarasques de la région de Zacapu: confrontation des données archéologiques et ethnohistoriques. En Breton A., J.-P. Berthe et S. Lecoïn (coords.). *Vingt études sur le Mexique et le Guatemala réunies à la mémoire de Nicole Percheron*: 95-115. Col. *Hespérides*. PUM, Toulouse.
- Migeon, Gérald y Grégory Pereira (en prensa) – La secuencia ocupacional y cerámica del cerro Barajas, Guanajuato y sus relaciones con el Centro, el Occidente y el Norte de México. En Faugère, B. (coord.). *Dinámicas culturales entre el Occidente, el Centro-Norte y la Cuenca de México del Preclásico al Epiclásico*: trabajos recientes.
- Montgomery, Barbara Klie 1993 – Ceramic Analysis as a Tool for Discovering Processes of Pueblo Abandonment. En Cameron, Cathy M. y Steve A. Tomka (eds.). *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*: 157-164. Cambridge University Press, Cambridge.
- Pereira, Grégory, Gérald Migeon y Dominique Michelet, 2001 – Archéologie du massif du Barajas: premières données sur l'évolution des sociétés préhispaniques du sud-ouest du Guanajuato, Mexique. *Journal de la Société des Américanistes* 87: 265-281. Société des Américanistes, Paris.
- En prensa – Transformaciones demográficas y culturales en el Centro-Norte de México en vísperas del Posclásico: los sitios del cerro Barajas (suroeste de Guanajuato). En Manzanilla, L. (coord.). *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico, en el centro de México*. UNAM, Mexico.
- Plunket, Patricia y Gabriela Uruñuela 1998 – Preclassic Household Patterns preserved under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, Mexico; *LAAQ* 9 (4): 287-309.
- 2000 – The Quick and the Dead: Decision-making in the Abandonment of Tetimpa. *Mayab* 13: 78-87.
- Reid, Jefferson J. – 1973 Growth and Response to Stress at Grasshopper Pueblo, Arizona. Ph.D., University of Arizona, Arizona.
- Reid, Jefferson J., Michael B. Schiffer y M. Neff Jeffrey 1975 – Archaeological Considerations of Intrasite Sampling. En Mueller James W. (ed.). *Sampling in Archaeology*: 209-224. University of Texas Press, Tucson.
- Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (RM)* [1541] – (Reproducción facsímil del Ms. C IV 5 de El Escorial)
- 1956 – Con transcripción de José Tudela. Aguilar, Madrid.
- 1977 – Reedición, con un estudio preliminar de José Corona Núñez. Balsal Editores, Morelia.
- 1984 – Versión y presentación de J.M.G. Le Clézio. Gallimard, París.
- Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán (RGM)* [1579-1580] 1987 – Relación de Quacomán. Relación de Alimanzi, Cuzcaquauhla y Epatlan. Relación de parte de la provincia de Motín (René Acuña ed.). *Serie Antropológica* 74. Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, México.
- Rosen, Arlene Miller 1989 – Ancient Town and City Sites: a View from the Microscope. *American Antiquity* 54 (3): 564-578.
- Schiffer, Michael B. 1972 – Archaeological Context and Systemic Context. *American Antiquity* 37 (2): 156-165.
- 1983 – Toward the Identification of Formation Processes. *American Antiquity* 48 (4): 675-706.
- 1985 – Is there a "Pompeii Premise" in Archaeology? *Journal of Archaeological Research* 41 (1): 18-41.
- Tomka, Steve A. y Marc G. Stevenson 1993 – Understanding Abandonment Processes: Summary and Remaining Concerns. En Cameron, Cathy M. y Steve A. Tomka (eds.). *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*: 191-195. Cambridge University Press, Cambridge.
- Webb, Ronald W. y Kenneth G. Hirth 2000 – Rapidly Abandoned Households at Xochicalco, Morelos, México. *Mayab* 13: 88-102.